

otro extremo, anota que Venezuela, Ecuador y Nicaragua, dirigidos por gobiernos liberales, tuvieron la posibilidad de adoptar otra actitud más afín con los objetivos del movimiento independentista, lo cual, no obstante, no sucedió. Morales califica la condescendencia mostrada a los cubanos en estos países y la participación de los dirigentes en las juntas y asociaciones procubanas, como simpatía vergonzante. Los motivos de esta conducta fueron sobre todo las crisis internas y la nula recepción de las propuestas del presidente ecuatoriano Eloy Alfaro para lograr una declaración latinoamericana donde se pidiera la libertad de la isla. El aporte de Morales va más allá al cuestionar y valorar el funcionamiento y efectividad de las estrategias exteriores del PRC. Él observa una incongruencia de objetivos y una fragmentación entre la dirigencia, producida por la existencia de dos instancias encargadas del ramo exterior, la Secretaría de Relaciones Exteriores, representante del gobierno en armas, y la Delegación de Nueva York. En ésta última, según lo constata la práctica, privó un enfoque geopolítico al planear la diplomacia, la cual se concentró en los círculos norteamericanos más que en Latinoamérica. Esto se refleja con mayor claridad en el papel de los agentes de Cuba en Armas, que relegados a un lugar secundario y con poco margen de maniobra, no pudieron, en la mayo-

ría de los casos, obtener un respaldo firme, máxime cuando se enfrentaban a un aparato diplomático español mejor estructurado y con más posibilidades de influir en las clases gubernamentales.

Las dos partes de la obra arriban a novedosas reinterpretaciones del fenómeno. Los planteamientos asentados contienen un rico aparato crítico donde se denota el empeño de los autores por fundamentar las ideas en fuentes diplomáticas depositadas en los acervos latinoamericanos y españoles. En ese sentido, sin que suene a lugar común, *Diplomacias en conflicto* abre expectativas para continuar revisando este periodo de nuestra historia latinoamericana.

Margarita Espinosa

El mar de Sophia

Casa blanca frente al mar enorme
con tu jardín de arena y flores marinas.

La casa blanca, el mar, la memoria y los dioses, una atmósfera clásica e íntimamente depurada frente a la hostilidad del mundo, es el espacio poético que construye Sophia de Mello Breyner Andresen. «Abre la puerta y camina / por aquí fuera / en la nitidez salina de lo real», así avanzan sus versos por el camino del mundo en armonía con la propia existencia para contar las sensaciones de la cotidianidad y para recoger lo excepcional de las vivencias individuales.

En marzo del año 2001 el pabellón del Instituto Camoens del Salón del Libro de París estuvo dedicado íntegramente a Sophia de Mello y por primera vez el Premio Max Jacob distinguió a un autor extranjero al serle otorgado a la poeta portuguesa. También por primera vez se hace accesible al lector español una de las obras más valiosas e intensas de la poesía portuguesa –hasta ahora sólo conocida en misceláneas colectivas o en publicaciones periódicas especializadas– y también una voz tan traducida a otras lenguas

como la de Miguel Torga o Eugenio de Andrade. La editorial Huerga & Fierro ha editado una antología bilingüe de Sophia de Mello Breyner Andresen (1919, –*Antología Poética* (edición. de Carlos Clementson. Huerga & Fierro Editores, 2000)– para que el lector pueda comprobar la serena constancia y la ecuánime moralidad del discurso vital y poético de la autora portuguesa. Los versos de Sophia –así se conoce en Portugal a esta mujer de distinguido aire a lo Lauren Bacall– convierten lo divino en humano en una neopagana comunión entre dioses y hombres que, desde la sobriedad, la delicadeza y una atemporal inspiración grecolatina, busca la memoria de una antigua sabiduría o quiere recuperar un heroísmo perdido. Su voz parece aislada en un aristocrático mundo de mitos y océano en el que la palabra es una forma de no ser devorado por el caos, por la confusión, por la contradicción y el tumulto.

Sophia es diurna y solar, sorprendentemente positiva entre una fértil tradición portuguesa caracterizada por la negatividad. Es la poeta de las cosas pequeñas y concretas que contiene la vida; una vida en la que el mar es protagonista y se revela como espacio metafórico de lo absoluto, aunque también como lugar infinito que hace posible el viaje real y asimismo el simbólico. Desde los años cuarenta, Sophia construye el espacio limpio en el

que habita el ser humano –casa y jardín para lo interior, playa y mar enorme, para lo exterior– y lo inscribe en un tiempo sin tiempo, entre sagrado y profano, que viste la vida de eternidad. La primera lectura posiblemente dibuja una poesía en apariencia distante, abstracta, simbólica, individualista, quizás elitista, pero progresivamente los versos se erigen en emblema por su dimensión ética y por su anclaje en el mundo y a lo que éste debería ser. Sin lecciones ni principios, la voz de Sophia muestra los valores de la cultura y la sociedad como armas para encontrar una forma de convivencia con el mundo, con la naturaleza; y, al mismo tiempo, sin romanticismos ni confesionalismos existencialistas, refleja la convicción de pertenecer antropológicamente a ellos. De ahí parte su unión a lo divino y a lo humano, de ahí parte su canto a la perfección y a la pureza, a la unidad y a la luz. De ahí versos luminosos –eras el primer día entero y puro; un deseo de limpio y de tersura; eterna luz precisa– conscientes de su responsabilidad y exigentes de exactitud. De ahí la necesidad de dar a su poesía una perspectiva culta y elevada que condense, desde la dimensión estética y desde la belleza de la palabra, esa necesidad de interpelar al mundo y esa voluntad de denunciar sus defectos. Esta es su ética poética: el lugar donde la palabra es el elemento exacto para mostrar su compro-

miso con el mundo. El poema es una forma de reflexionar sobre la realidad, pero también es una forma de *ser* realidad: «Que el arte no se torne para ti la compensación de aquello que no supiste ser / que no sea transferencia ni refugio / ni dejes que el poema te agregue o te divida, sino que sea / la verdad de tu entero estar terrestre».

Quizás esta voluntad de dar al hombre un espacio de perfección y pureza –aunque no por ello idílico o utópico– convirtió la poesía de Sophia en un reducto de fuerte resistencia a la sordidez de la vida portuguesa de mediados del siglo XX: «tiempo de silencio y de mordaza / tiempo en el que la sangre no deja rastro». Esa voluntad de compromiso, desde el valor que tiene la palabra, hizo que también Sophia fuera el canto que se eleva para reclamar la libertad y la dignidad del hombre y para afirmar un deber ético y militante, en un mismo tejido moral exacto, ante un presente represivo e intolerante como fue el fascismo más largo de la historia europea, la dictadura salazarista. Sin perder la luminosidad, la poesía de Sophia aumenta su dimensión moral al erigirse en riguroso y solidario grito de protesta ante el injusto pedazo de historia que le tocó vivir a Portugal; y, como la mayor parte de los mejores intelectuales portugueses, también luchó por la libertad de la palabra. «Con furia y rabia acuso al demagogo / y a su capitalismo de

palabras». Su poesía es de intervención, desde la pura toma de conciencia del valor de la palabra y, «como la voz del mar / interior de un pueblo», su voz eleva y da poder poético a las ideologías porque con la poesía elabora la alianza entre lo que debe ser dicho y lo que debe ser escuchado. Su poesía denuncia, porque es el arma de las emociones y porque es su conceptualización. Por eso también, tras el «25 de Abril –Esta es la madrugada que yo esperaba / el día inicial entero y limpio / en el que emergimos de la noche y del silencio / y libres habitamos la substancia del tiempo–», Sophia puede seguir siendo la voz de la conciencia que persiste en la búsqueda de un mundo mejor. Esa búsqueda de la pureza, de la plenitud, de la perfección del mundo personal, están en perpetua construcción y –como también ocurre en el proceso poético– no cesan de crecer a pesar de las dictaduras y de los errores y fracasos de las revoluciones. A pesar de las desilusiones, «en el poema quedó el fuego más secreto». Su resistencia fue siempre desde la cultura; tras el 25 de Abril, desde su escaño de diputada socialista y desde la presidencia de la Asociación de Escritores Portugueses, defendió la cultura como arma «que enseña al hombre a escoger y a construir y a crear la propia vida, en vez de soportarla».

Isabel Soler

Movimientos del pensar*

Cuando en 1990 el investigador Enrique Bonete declaraba en su libro *Éticas Contemporáneas* (Tecnos, Madrid) que en España existe un cierto pudor intelectual en formular a partir de los propios documentos y materiales biográficos una interpretación religiosa, e incluso cristiana, de la ética filosófica de Ludwig Wittgenstein, no estaba especialmente equivocado. En una reseña en el suplemento «Babelia» (*El País*) del 1 de julio del 2000, se hace caso omiso de la posible religiosidad del vienés a propósito de estos *Movimientos del pensar*, aún cuando lo más destacado de estos *Diarios* es precisamente esta dimensión de fe y creencia del pensador. Se han considerado escasas las fuentes documentales para emprender una tarea interpretativa de esa naturaleza y por lo tanto la figura y el pensamiento del filósofo han seguido imperturbables bajo la luz de cierto ateísmo y de la racionalidad del positivismo lógico. Con

* *Ludwig Wittgenstein, Movimientos del pensar* (Diarios 1930-1932, 1936-1937), Traducción de Isidoro Reguera, *Editorial Pretextos*, Valencia, 2000, 221 pp.